

# Una lección de arquitectura<sup>1</sup>

ASÍ ESTABA ENTRE NOSOTROS, CÉLEBRE Y ABANDONADO, estimado pero ignorado. Ricardo Porro había construido en La Habana dos Escuelas (de Arte y de Danza) admirables, bellas como dos gigantes sabias y familiares. Ya nos decía que la invención siempre conoce su fuente; que la memoria y la cultura nos abren el camino. Lo afirmaba singularmente, escribiendo yo y nosotros a la vez, en plena posesión de su unicidad y su comunidad. Algunos que ven la Historia como olvido o como vértigo, no admiran esa doble pertenencia. Ricardo Porro está en París en la calle Vergniaud, en el espacio de intimidad y de hospitalidad que creó, totalmente suyo, pero constantemente ofrecido; allí se mueve con fuerza y precaución, dándole a cada cual los hilos que los unen. Ahí está *La Mamma*, ese asiento original suyo, precioso y envolvente. Viene a sentarse allí, entre nosotros. De concurso en concurso (salvo una incursión excepcional a Lichtenstein), de homenajes a pesares, de año en año, Ricardo Porro vio pasar el sueño y la desdicha, las alegrías y el tiempo. Ha enseñado con pasión, aprendido siempre, y creado sin cesar. Y llegó la urgencia. Tenía que construir. Hoy nos da una lección de arquitectura, natural como un accidente, habitada por las almas, evidente. Entre Vaduz y Saint-Denis<sup>2</sup>, la arquitectura de Porro ha seguido su camino, aumenta el movimiento, es más tensa, erizada en la espera y siempre materna. Sus planos organizan espacios de retiro, antecámaras para la ciudad, indispensables entre el otro y nosotros. En ellos se pueden leer pájaros, niños que pasan, un apetito. La línea es de un virtuoso, edificando voladizos, cavando espacios internos que indican tanto el dominio de lo

<sup>1</sup> Barré, François; Introducción a *Ricardo Porro*; Institut Français d'Architecture, Pandora Editions, Collection Gros Plan, París, 1991.

<sup>2</sup> El museo en Lichtenstein (1974) y la escuela en Saint-Denis (1990), esta última en colaboración con Renaud de la Noue.

constructivo como esa búsqueda espiritual que se sitúa entre el San Juan de Montmartre, de Anatole de Baudot, el Goetheanum de Rudolf Steiner, y la magia de esa Europa exuberante venida de Cuba. La visión utilitarista con su amargura de la función queda apartada. El habitante, el compañero, encuentra allí su dimensión (a la medida de un hombre de cultura, pintor, buen conversador, cocinero, escultor, oidor atento), y la arquitectura, su alegría. Lo sensible produce sentido, la forma se despliega. Y el arquitecto vuelve a una comunidad donde, mejor que nadie (me lo confió el alcalde de Saint-Denis), le habla a los habitantes, los invita y comparte.



Cuartel de los C.R.S. Velizy, Francia.  
Arquitectos: Ricardo Porro y Renaud de la Noue, 1994-1997.